

EL ULTIMO FARO

La habitación del Hospital ya estaba en penumbras. Hacía unos minutos, o unas horas, le era imposible precisarlo, la enfermera de guardia había hecho su última ronda. Lo supo porque por un momento se oscureció la luz de la pequeña lámpara sobre el respaldo de su cama y vio, borrosamente, la mancha blanca del delantal frente a sus ojos; luego volvió a hundirse blandamente en el pozo oscuro, entre fragmentos de palabras que acudían a su garganta y retazos de imágenes que la rodeaban, cayendo junto a ella. En el fondo del pozo no existía el tiempo, no era posible asirse a la tranquilizadora idea de verlo transcurrir sobre el disco del reloj, como un lento soldado que armado de lanzas atravesaba las horas.

A veces sentía el impulso de escalarlo, pero una y mil veces sus manos resbalaban por los muros fríos sin encontrar un saliente, un hueco, algo en qué apoyarse para subir hasta donde se veía una luz difusa y tranquilizadora, la luz de la lámpara en el respaldo de la cama sobre la que estaba tendida.

A veces lo lograba, cuando la guiaba esa voz lejana que de alguna manera reconocía, o cuando veía ese rostro desdibujado que se inclinaba sobre el pozo y la llamaba, preguntando, acariciando. Y, al mismo tiempo, sentía como si algo, algo borroso e inasible, la reclamara desde el negro fondo. Su cuerpo se adhería entonces a las paredes, húmedas de soledad, y el cerebro lastimado se negaba a cumplir las órdenes de su mente atormentada. Por momentos, el pozo semejaba un túnel, y ella intentaba abrirse paso entre las brumas que la rodeaban para atravesarlo de una vez y saber qué le esperaba al final del camino. Por momentos se sentía impulsada hacia arriba, hacia la luz, como si alguien tironeara de ella sin rozarla. Y entonces sucedían cosas extrañas: se veía niña otra vez, su figurita delgada corría hacia ella tendiéndole los brazos y, de pronto, ya no era una niña, su cara se

transformaba, pasaba con lentitud de una edad a otra, los rasgos se superponían, vacilantes al principio para afirmarse luego en cada fisonomía y, por fin, era una mujer madura, ella misma, la que se acercaba. Subía a un auto; un hombre (¿quién era, quién?) conducía; el auto se ponía en movimiento. Oía una melodía, la radio estaba encendida y ella tarareaba mirando por la ventanilla. Circulaban por una avenida y las casas, los edificios, pasaban a demasiada velocidad, como si aplicara los ojos al mirador de un caleidoscopio enloquecido. Era una hermosa noche, una noche de otoño, pero en un segundo la noche se hizo añicos. Los vidrios rotos cruzaron frente a sus ojos en una carrera vertiginosa que, sin embargo, ahora le parecía muy, muy lenta. Morosamente veía deslizarse cada arista transparente reflejando los faros del otro auto incrustado en su costado... Y el dolor...¡ah, el dolor! ... El gran dolor de todo su cuerpo, y la oscuridad, el silencio.

Curiosamente volvía a su mente una sola imagen que, lábil, se presentaba una y otra vez. Se veía tendida en el pavimento y, a su lado, un gigantesco insecto en cuatro patas palpaba desesperadamente la calle buscando algo sin hallarlo. Ella tenía la cabeza ladeada y el frío de la calle le helaba la mejilla, sin embargo, pudo ver debajo del auto destrozado el objeto de la búsqueda: un par de anteojos astillados.

- Martín – había dicho en un susurro (quién era Martín?) – ahí... debajo del auto...

El insecto se arrastraba, palpando, se colocaba los anteojos y se incorporaba luego adquiriendo las dimensiones de un hombre aterrado. Detrás de los vidrios traseros de las ventanillas del auto, dos jovencitas abrían la boca y gesticulaban, pero no podía oírlas. Todo se oscurecía y ella iba cayendo como un blando copo hasta el fondo del pozo.

Ahora volvía a subir, lenta, arduamente, porque oía otra vez la voz que la llamaba cada noche, después que la enfermera concluyera su ronda. Hubiera reconocido esa voz entre millones y hubiera reconocido esa cara que atravesaba las brumas, arrugada y afable,

y esas canas con la peineta blanca sosteniendo la onda del costado, aún entre una muchedumbre. Quiso decir algo, protestar “Mamá... otra vez... vas a dormir en el suelo... ¿Y cómo, mamá... has podido traer ese colchón hasta aquí? Sí, estoy bien, mamá... ahora que llegaste estoy bien...” Pero, por más que lo intentara no lograba pronunciar las palabras: su garganta estaba cerrada, ni siquiera estaba segura de haberla visto con sus ojos...¿acaso los había abierto?... De una cosa estaba segura: ella estaba allí. Se acercaba a su cama, acariciaba su frente, su cabeza vendada y retenía un momento su mano entre las suyas, tibias y blandas. Y, con ese gesto tan suyo, inclinaba la cabeza mientras los ojos negros iniciaban la sonrisa que los labios imitaban.

Después oía su voz reconfortándola. Le hablaba de lo preocupado que estaba Martín, su marido; él era quien conducía el auto y ahora desesperaba de dolor y culpa; de sus hijas que no sabían qué hacer si la mamá no estaba en casa, de cuánto la querían todos y rogaban que se repusiera pronto porque la necesitaban. Que luchara, le decía, que luchara por vivir porque no había llegado su hora todavía y una mamá es siempre imprescindible y esperada.

Cuando el ritmo de su respiración se serenaba podía adivinar la figura, algo encorvada pero graciosa, a pesar de los años, de su madre, quitándose los zapatos. Y luego su caminar silencioso hasta el placard de donde sacaba una manta para llevarla hasta el colchón, sobre el brillante teselado. Luego se tendía, no para dormir, porque no dormía en toda la noche, sino para que sus pobres piernas tuvieran un poco de descanso. Sin embargo, a cada movimiento suyo la sentía nuevamente de pie, a su lado, acomodando las mantas, atenta a su respiración, tranquilizándola. Y así pasaba la noche, como un faro erguido en un morro de la costa, donde se dividían las aguas.

Por las mañanas, cuando despuntaba el sol y volvía la enfermera, sabía que su madre ya se había marchado. Y ella retomaba su diaria lucha por seguir viviendo, por escalar ese abismo que la separaba del mundo. Todo su cuerpo, como si fuera una entidad aparte que decidiera por sí misma, se resistía a morir. Su corazón latía, sus heridas sanaban, y sentía la marea de la vida volviendo a inundarla porque aún era necesaria.

Poco a poco lo fue logrando, poco a poco el pozo fue haciéndose más claro, la luz de la lámpara penetraba ahora hasta el fondo, anulando las tinieblas. Ya no recorría el túnel esperando la revelación final, y sus períodos de lucidez fueron en aumento. Pronto la trasladaron de la sala de terapia intensiva a una habitación común y comenzaron a darle alimentos sólidos. Había ganado la batalla.

Lo supo cuando cesaron las visitas nocturnas de su madre, cuando vio la mirada de su marido al contarle, con una sonrisa ausente, quién la había estado cuidando. Se quedó un momento observándolo, esperando que Martín le explicara por qué habían dejado que su madre durmiera en el piso tantas noches cuando todos sabían que estaba tan enferma ya. Y en su mirada atónita y en los ojos llenos de lágrimas intuyó la verdad que escapaba a su memoria....Lo había olvidado...

Hacía quince años que su madre ya no estaba. Quince años y, sin embargo... había estado allí, estaba segura. Había estado cuidándola, ayudándola a luchar. Martín no quiso contradecirla y se retiró con la cabeza gacha, preocupado. Y ella quedó pensativa y absorta, mirando el cielo azul que se veía por la ventana.

Esa noche, reclinada en las almohadas, lloró en silencio por la ausencia, como si hubiera vuelto a perderla y se reavivara el dolor. Se resistió a dormir; tercamente, todo su ser esperaba volver a ver la figura encorvada y la cabeza cubierta de canas, la peineta sosteniendo la onda del costado, inclinándose sobre su cama para besarla en la frente, como

hiciera cada noche de ese mes interminable. Cada susurro del viento en la ventana llamaba la atención de sus sentidos y preparaba la sonrisa del reencuentro con las manos tendidas.

Pero era en vano.

En algún momento de la madrugada, muy a su pesar, se durmió y despertó muy tarde, cuando la claridad de la mañana le rozó la cara.

El sol entraba por la ventana iluminando todo el cuarto, y arrancando breves destellos a la peineta blanca que había caído sobre la almohada.